

Esta es una pequeña muestra del libro
Triunfa sobre el temor pecaminoso.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2026 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!

*Triunfa
sobre el temor
pecaminoso*



EDITORES DE LA SERIE

Joel R. Beeke & Jay T. Collier

El interés por los puritanos continúa creciendo, pero muchas personas encuentran que leer a estos gigantes de la fe es un poco desafiante. Esta serie busca superar esa barrera al presentar libros puritanos en un formato práctico y con una extensión no tan intimidante. Cada libro ha sido cuidadosamente editado pensando en los lectores modernos, suavizando el lenguaje difícil de una época pasada, sin perder el significado de los autores originales. Los libros de esta serie se seleccionan con mucho cuidado, para ofrecer algunos de los mejores consejos sobre temas importantes con los que las personas siguen luchando hoy.

*Triunfa
sobre el temor
pecaminoso*

JOHN
FLAVEL

Editado por
J. Stephen Yuille



Mientras lees, comparte con otros en redes usando
#TesorosPuritanos

Triunfa sobre el temor pecaminoso

John Flavel

© 2026 por Poiema Publicaciones

Traducido con el debido permiso del libro *Triumphing over Sinful Fear* © 2011 por John Flavel. Todos los derechos reservados. Publicado por Reformation Heritage Books. El contenido de este libro fue tomado de *A Practical Treatise of Fear* [Tratado práctico sobre el temor], publicado originalmente en 1682.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de *La Nueva Biblia de las Américas* © 2005 por The Lockman Foundation. Las citas marcadas con la sigla NVI han sido tomadas de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional* © 1999, 2015, 2022 por Bíblica, Inc. Las marcadas con la sigla RVC han sido tomadas de *La Santa Biblia, Reina Valera Contemporánea* © 2009, 2011 por Sociedades Bíblicas Unidas. Usadas con permiso.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, u otros, sin el previo permiso por escrito de la casa editorial.

Poiema Publicaciones

info@poiema.co

www.poiema.co

Impreso en Colombia

ISBN: 978-1-965296-83-7

SDG

Contenido

<i>Prefacio</i>	7
1. Introducción	15
2. Tipos de temor	21
3. Usos del temor	35
4. Causas del temor pecaminoso	43
5. Efectos del temor pecaminoso	61
6. Remedios para el temor pecaminoso	77
7. Respuestas a las objeciones	121

Prefacio

por Stephen Yullie

Hace algunos años, mi esposa y yo tuvimos la oportunidad de visitar las Cataratas Victoria, en Zimbabue. Casi sin pensarlo, decidimos salir a navegar en kayak. Nuestro guía nos organizó un desayuno a orillas del hermoso río Zambeze y, a continuación, nos dio una breve sesión de entrenamiento, seguida de una severa advertencia: “Este es un río salvaje. No tendrán problemas con los cocodrilos siempre y cuando permanezcan en el kayak, pero los hipopótamos son un asunto completamente distinto. Si se sienten amenazados, atacarán desde abajo”. Acto seguido, partió una ramita y anunció (con lo que creo que era un brillo en los ojos): “¡Un hipopótamo pulverizará su kayak!”. Yo estaba listo para echarme atrás, pero la presión de grupo pudo más. Así que seguimos adelante con nuestra aventura. Fue encantadora hasta casi el final del recorrido, cuando nos adentramos en un tramo estrecho del río. De repente, cuatro pares de ojos emergieron en la superficie del agua.

Según John Flavel, lo que experimenté en ese momento se conoce como temor natural: “La turbación o perturbación de la mente ante la comprensión de un mal que se acerca o de un peligro inminente”.

Para Flavel, este temor es una parte esencial de la naturaleza humana (una clave para la supervivencia), pues tememos lo que nos amenaza y respondemos evitando lo que tememos.

Esta definición es bastante sencilla; pero, en lugar de detenerse ahí, Flavel explica que el temor natural puede convertirse rápidamente en temor pecaminoso cuando surge de “la incredulidad y de una desconfianza indigna en Dios”. En otras palabras, el temor natural se convierte en temor pecaminoso cuando dejamos de confiar en las promesas de Dios frente al peligro. Ahora bien, al hablar de peligro, nuestro autor no se refiere principalmente a los hipopótamos (aunque estoy seguro de que aplica en cierto nivel), sino a las personas: personas malvadas. Flavel reconoce que los cristianos experimentan persecución y sabe que son tentados a “desconfiar” de Dios, sucumbiendo así al temor pecaminoso cuando la amenaza del sufrimiento asociado a la persecución se cierne sobre ellos.

Para Flavel, esta tentación no es una mera conjetura. De hecho, escribe por experiencia. En la Inglaterra de 1662, el Parlamento había aprobado un Acta de Uniformidad que exigía a los ministros que no habían recibido la ordenación episcopal ser ordenados de nuevo. También les requería declarar su aprobación de todo el *Libro de Oración Común* y rechazar la Liga y Pacto Solemne. La Iglesia de Inglaterra expulsó a los ministros (incluido Flavel) que se negaron a conformarse; estos pasaron a ser conocidos como disidentes o no conformistas. Tras su expulsión del ministerio público en la ciudad de Dartmouth, Flavel continuó reuniéndose en secreto con los antiguos miembros de su iglesia para predicar las Escrituras y administrar los sacramentos. Sin embargo, cuando la Ley de Oxford prohibió a

todos los ministros no conformistas vivir a menos de cinco millas de las ciudades con representación parlamentaria, tuvo que mudarse a una aldea distinta. Su congregación aún se aventuraba a escucharlo predicar en casas privadas o en zonas boscosas, y él en ocasiones se escabullía hasta Dartmouth para visitarlos. En 1687, las autoridades finalmente le permitieron reanudar la predicación pública, libertad de la que gozó hasta su muerte cuatro años después, a la edad de sesenta y cuatro años. Este breve relato demuestra que Flavel estaba muy familiarizado con la persecución en el ministerio y conocía de primera mano el peligro constante de perder de vista las promesas de Dios y sucumbir al temor pecaminoso en medio del sufrimiento.

En esta obra, Flavel aborda este tema vital. Comienza por examinar los tipos y usos del temor en general para luego centrarse en el temor pecaminoso en particular y exponer sus causas, efectos y remedios. En su capítulo sobre los remedios, ofrece doce “reglas” para tratar el temor pecaminoso y afirma, de manera interesante, que las primeras once son “reducibles” a la última: “Exalta el temor de Dios en tu corazón, y deja que obtenga el dominio sobre todos tus demás temores”. En otras palabras, la mejor cura para el temor pecaminoso es el temor de Dios.

Lamentablemente, muchos lectores modernos se quedan perplejos ante la sola mención del temor de Dios. Rechazan cualquier idea que sugiera que el temor deba ser una característica del cristiano que se acerca a Dios. Al fin y al cabo: “En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor” (1Jn 4:18a). Sin embargo, al hacer esta afirmación, no logran comprender que existen dos maneras de temer a Dios: una buena y una mala. Flavel sostiene esta

distinción, pero no la desarrolla en esta obra. Por ello, para evitar una posible confusión, vale la pena recurrir por un momento a sus compañeros puritanos, quienes distinguen cuidadosamente entre lo que George Swinnock llama temor filial y servil, lo que William Gurnall llama temor santo y servil, o lo que Stephen Charnock llama temor reverencial y de esclavitud. En síntesis, tienen el cuidado de afirmar que existen dos maneras diferentes de temer a Dios: una buena y una mala, una piadosa y una impía. Su distinción es bíblica. Cuando los israelitas se reúnen al pie del monte Sinaí, ven el fuego, el humo y los relámpagos, y escuchan los truenos. Aterrorizados, escuchan a Moisés decirles: “No teman, porque Dios ha venido para ponerlos a prueba, para que Su temor permanezca en ustedes, y para que no pequen”. Al parecer, Moisés les ordena a los israelitas tanto temer a Dios como no temerle. ¿Cómo explicamos esta aparente contradicción? “Toma nota”, dice John Bunyan, “pues aquí hay dos clases de temores: un temor prohibido y un temor elogiado”.

El temor prohibido (o impío) surge de la mera amenaza del castigo de Dios. En el ejemplo anterior, los israelitas temen a Dios porque lo perciben como una amenaza y lo consideran peligroso para su bienestar. Sin embargo, este tipo de temor no logra dejar una impresión duradera en sus almas. Gurnall explica: “A menudo vemos que los juicios de Dios dejan tal impresión en los espíritus de los hombres que por un tiempo se mantienen alejados de sus pecados [...] pero cuando ven que continúa el buen tiempo y que no se juntan las nubes para formar otra tormenta, descienden a sus antiguas prácticas malvadas, se vuelven más audaces y desafían al cielo más que nunca”. En resumen, el temor prohibido solo busca la

preservación de sí mismo. No toma en cuenta la gloria de Dios; por el contrario, desea eliminar lo que percibe como peligroso. En otras palabras, desea eliminar a Dios.

Encontramos ejemplos de este tipo de temor a lo largo de las Escrituras. En los días de Moisés, por ejemplo, algunos de los oficiales egipcios temieron a Dios y, en consecuencia, sacaron a sus siervos y su ganado de los campos para evitar la tormenta de granizo. Pero este era un temor impío. Solo les preocupaba evitar la amenaza percibida. Solo les preocupaba aliviar el peligro. Más adelante, Moisés le dice a faraón: “En cuanto a ti y a tus siervos, sé que aún no temen al SEÑOR Dios” (Ex 9:30). Asimismo, leemos que los habitantes extranjeros trasladados por el rey de Asiria tras la invasión a Israel temieron a Dios. Lo percibieron como una fuente potencial de daño, porque había enviado leones entre ellos para castigarlos por su idolatría. Por ello, le encargaron a uno de los sacerdotes que los instruyera en la adoración a Dios; sin embargo, solo fingieron adorarlo mientras continuaban sirviendo a sus propios ídolos. En resumen, tomaron medidas para minimizar la amenaza que se cernía sobre su bienestar sin abandonar su pecado y rebelión. Esa es la esencia del temor impío o prohibido.

El temor elogiado (o piadoso), por otro lado, no surge de percibir a Dios como peligroso, sino como glorioso; es decir, fluye de un aprecio por Dios. Según William Gouge, “surge de la fe en la misericordia y bondad divinas”. Cuando el alma siente “un dulce sabor de la bondad de Dios” y descubre “que solo en Su favor consiste toda la felicidad, se siente sobrecogida por un asombro y una reverencia internos”. Este temor la inclina a amar lo que Dios ama y odiar lo

que Dios odia. En términos sencillos, a diferencia del temor prohibido, el temor elogiado produce un divorcio entre el pecado y el alma. C. H. Spurgeon (quien bebió profundamente de los puritanos) describe este “divorcio” de la siguiente manera:

Para un corazón creyente, Dios es toda pureza. Su luz emite “el brillo deslumbrante de un cristal”, tal como escribe Ezequiel. Su resplandor es tan grande que ningún hombre puede acercarse a Él. Somos tan pecaminosos que, cuando obtenemos siquiera un destello de la santidad divina, nos llenamos de temor y clamamos con Job: “He sabido de Ti solo de oídas, pero ahora mis ojos te ven. Por eso me retracto, y me arrepiento en polvo y ceniza” (Job 42:5-6). Es el tipo de temor que necesitamos cultivar, porque conduce al arrepentimiento y la confesión del pecado, a las aspiraciones por la santidad y al rechazo absoluto de toda autocomplacencia y vanidad.

Aquí, Spurgeon identifica tres características del temor piadoso: (1) “el arrepentimiento y la confesión del pecado”; (2) “las aspiraciones por la santidad”; y (3) “el rechazo absoluto de toda autocomplacencia y vanidad”. Todo esto significa que ya no somos amantes de nosotros mismos y enemigos de Dios, sino amantes de Dios y enemigos de nosotros mismos. Como resultado, nos rendimos a Su voluntad. Gouge ofrece un buen resumen: el temor piadoso da como resultado “un esfuerzo cuidadoso por agradar a Dios” y “la precaución de evitar las cosas que ofenden la majestad divina”.

Este es precisamente el temor que Flavel tiene en mente en este libro. Lo define como “un hábito o principio de gracia que Dios planta en el alma, por el cual ella se mantiene bajo un asombro santo de la mirada de Dios, y desde allí se inclina a realizar y hacer lo que a Él le agrada, y a rehuir y evitar todo lo que Él prohíbe y odia”. Para Flavel, este es un remedio seguro contra el temor pecaminoso. Como sabe que los cristianos son propensos a perder de vista a Dios en medio del sufrimiento, los anima a contemplar a Aquel cuya fuerza es “todopoderosa”, cuya sabiduría es “infinita e inescrutable” y cuyo amor es “trascendente e incomparable”. Cuando lo hagan, encontrarán motivos para confiar en Él en medio de las pruebas más profundas de la vida.

CAPÍTULO 1

Introducción

No digan ustedes: “Es conspiración”, a todo lo que este pueblo llama conspiración, ni teman lo que ellos temen, ni se aterroricen. Al SEÑOR de los ejércitos es a quien ustedes deben tener por santo. Sea Él su temor, y sea Él su terror. Entonces Él vendrá a ser santuario.

Isaías 8:12-14a

Existe tanta diversidad en los estados de ánimo y las disposiciones internas de las personas como en sus rasgos externos. Algunos son tan asustadizos como los conejos y saltan ante cualquier ruido, incluso el ladrido de un perro, mientras que otros son tan audaces como los leones y enfrentan el peligro sin temblar. Hay quienes temen más de lo que deberían, quienes temen antes de tiempo y quienes no deberían temer en absoluto. La persona carnal teme al hombre, no a Dios; el cristiano fuerte teme a Dios, no al hombre; y el cristiano débil teme demasiado al hombre y muy poco a Dios.

Hay un temor, efecto del pecado, que brota de la mala conciencia y empuja al alma al fondo de la culpa. Hay un temor, efecto de la gracia, que brota de nuestro amor por Dios y por Sus intereses, y conduce

al alma hacia Él por el camino del deber. Cuanto menos teme una persona, más felicidad posee; a menos, por supuesto, que se trate de aquel temor que constituye su propia bienaventuranza y excelencia.

De nadie puede afirmarse, como se afirma de Leviatán, que está “hecho sin temer a nada” (Job 41:33b). Ni siquiera los más fuertes carecen de temores. Cuando la iglesia atraviesa las tormentas de la persecución y se encuentra casi cubierta por las olas, sus pasajeros más valientes pueden sufrir tanto la pasión turbulenta en su interior como la agitación en el exterior. Esta es la consecuencia de no creer plenamente, o de no recordar a tiempo, que el Señor, el Almirante de todos los océanos y Comandante de todos los vientos, está a bordo del barco para dirigirlo y preservarlo de la tempestad. Encontramos un ejemplo de gran peso en el contexto, donde descubrimos que aun los mejores hombres tiemblan ante la expectativa de las peores calamidades, tanto sobre la iglesia en general como sobre ellos en particular: “Cuando se dio este aviso a la casa de David: ‘Los arameos han acampado en Efraín’, se estremeció el corazón del rey y el corazón de su pueblo como se estremecen los árboles del bosque ante el viento” (Is 7:2).

Si el peligro que enfrentan se midiera únicamente por lo que dictan los sentidos, su temor no es mayor que su causa. Sin embargo, el peligro parece superar su temor, pues un enemigo extranjero y cruel (Asiria) está a punto de irrumpir sobre ellos como una brecha del mar e inundar la tierra de Emanuel: “Por tanto, el Señor va a traer sobre ellos las aguas impetuosas y abundantes del Éufrates, es decir, al rey de Asiria con toda su gloria, que se saldrá de todos sus cauces y pasará sobre todas sus riberas” (Is 8:7). Este versículo describe al enemigo como “aguas impetuosas” que ahogan rápidamente a la

nación invadida. El siguiente nos dice hasta qué punto prevalecerá y cuán cerca estará el país de la ruina total: “Fluirá con ímpetu en Judá, inundará y seguirá adelante, hasta el cuello llegará, y la extensión de sus alas llenará la anchura de tu tierra, oh Emmanuel” (Is 8:8). Toda la tierra, excepto la ciudad capital, quedará bajo las aguas.

Después de describir el poder y el éxito del enemigo invasor, Dios se burla de sus complots y maquinaciones (Is 8:9-10). Aunque les permite afligir a Su pueblo por un tiempo, para Sus propios fines justos y santos, les asegura que la retribución de todos sus consejos y crueldades recaerá sobre ellos y terminará en su propia ruina y confusión. Luego le ordena al profeta Isaías que anime los corazones débiles y temblorosos de aquellos que aún le temen en medio de esos tiempos aterradores: “Pues así el SEÑOR me habló con gran poder y me instruyó para que no anduviera en el camino de este pueblo, y dijo: ‘No digan ustedes: Es conspiración’” (Is 8:11-12a).

Al hablarle al profeta con gran poder, Dios usa la eficaz impresión que el espíritu de profecía produce en su corazón. Pone, por así decirlo, Su mano sobre él, como lo haría alguien a punto de confiar un secreto de manera familiar y, acercándolo con afecto, le dice: “Acércate, Isaías. Toma nota de lo que estoy a punto de confiarte con respecto a ti y a Mi pueblo elegido que te sigue. No llares: ‘Conspiración’ a quienquiera que este pueblo llame: ‘Conspiración’. En otras palabras, no permitas que estas terribles noticias te afecten como afectan a Acáz y a los que están con él. Están tan asustados por el peligro inminente que todos sus consejos, pensamientos y esfuerzos se centran en prevenirlo. Procuran una alianza con Asiria (Os 5:13) y, si eso falla, entonces tratarán de conseguir protección de algún poder

extranjero; pero sus ojos no me buscan a Mí para protegerlos y liberarlos. Esperan más de Egipto que del cielo, más de una caña cascada que de la Roca de los Siglos. ¡No temas lo que ellos temen! Los aleja de Mí y los desvía hacia la criatura: primero los distrae y luego los atrapa. En cambio, procura que tú y todos los fieles de la tierra me santifiquen en sus corazones y hagan de Mí su temor y terror. Confíen en Mí con fe en este día de angustia y glorifiquenme por Mi sabiduría, poder y fidelidad, descansando plenamente en Mis atributos, que han demostrado estar con ustedes en tantas promesas cumplidas. No se entreguen a asuntos pecaminosos y vanos, como quienes no tienen interés en Mí ni han experimentado Mi bondad”.

Ese es el enfoque y propósito general del texto. En cuanto a sus detalles, encontramos que se condena un pecado, se prescribe un remedio y se alienta un motivo.

Un pecado condenado

“Ni teman lo que ellos temen, ni se aterroricen” (Is 8:12b). Este tipo de temor es un principio pecaminoso que inclinaba a los fieles a hacer lo que sus compatriotas hicieron, a saber, exclamar: “Conspiración”. Ese temor llevó incluso a los mejores hombres a intentar ayudarse a sí mismos mediante concesiones pecaminosas, atormentó a los judíos carnales e incrédulos y los esclavizó en servidumbre de espíritu. Es fruto del pecado y, en su propia naturaleza, es un pecado y la causa de numerosos pecados. Asimismo, fue el castigo justo que Dios trajo sobre ellos por causa de sus demás pecados. Pero los oyentes de Isaías no debían permitir que ese temor produjera en ellos tales efectos. No debían olvidar a Dios, magnificar a la criatura

ni preferir sus propios planes y estrategias al poder omnipotente y a la fidelidad inmutable de Dios.

Un remedio prescrito

“Al SEÑOR de los ejércitos es a quien ustedes deben tener por santo. Sea Él su temor, y sea Él su terror” (Is 8:13). El temor a Dios devorará el temor al hombre. Así como la lluvia apaga el fuego, un temor y terror reverencial a Dios extinguirán el temor servil a la criatura. Santificar al Señor de los ejércitos es reconocer la gloria de Su poder soberano, Su sabiduría y Su fidelidad. Esto no solo incluye una confesión verbal, sino actos internos de confianza, convicción y entera dependencia de Él, los cuales son nuestras mejores muestras de respeto hacia Dios y le dan la mayor gloria. Son, además, los actos más beneficiosos y reconfortantes que podemos realizar para nuestra propia paz y seguridad en tiempos de peligro. Si miramos a Dios en el día de la angustia, si le tememos como al Señor de los ejércitos (es decir, quien gobierna a todas las criaturas y comanda todos los ejércitos del cielo y de la tierra), y si confiamos en Su cuidado y amor como un niño depende de la protección de su padre, entonces conoceremos el descanso y la paz. ¿Quién temería atravesar tropas y regimientos armados, sabiendo que el general es su propio padre? Cuanto más poder tenga sobre nuestros corazones este temor filial, menos temeremos el poder de la criatura. Cuando el dictador gobernaba en Roma, cesaban todos los demás funcionarios. Asimismo, cuando el temor a Dios es el dictador en nuestro corazón, todos los demás temores cesarán (en gran medida).

Un motivo alentador

“Entonces Él vendrá a ser santuario” (Is 8:14a). Si santificamos al Señor de los ejércitos reconociéndolo y dependiendo de Él en tiempos de peligro, entonces Él será nuestro santuario. Sin duda nos protegerá, defenderá y proveerá en las peores temporadas y las más difíciles circunstancias. “Entonces el SEÑOR creará sobre todo lugar del monte Sión y sobre sus asambleas, una nube durante el día, o sea humo, y un resplandor de llamas de fuego por la noche; porque sobre toda la gloria habrá un dosel. Será un cobertizo para dar sombra contra el calor del día, y refugio y protección contra la tormenta y la lluvia” (Is 4:5-6). ¡Que ruja el viento! ¡Que golpee la lluvia y destellen los relámpagos! Estamos a salvo, resguardados bajo techo.

Conclusión

De la anterior exposición del texto surgen dos puntos de doctrina. Primero, el temor servil domina fácilmente a las mejores personas en tiempos de aflicción y peligro inminentes. Segundo, el temor de Dios es el medio más eficaz para extinguir el temor pecaminoso y guardarnos del peligro. Estas dos doctrinas capturan el alcance y la sustancia del texto. En los capítulos siguientes no me detendré en ellas, sino que centraré mi atención en los tipos, usos, causas, efectos y remedios del temor.

Esperamos que hayas disfrutado de esta pequeña muestra del libro *Triunfa sobre el temor pecaminoso*.

Para conseguir el libro completo y conocer más acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2026 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!